

ASAMBLEA IMPORTANTE



LOS VITIVINICULTORES, EXPORTADORES DE VINOS Y FABRICANTES DE ALCOHOL, REUNIDOS AYER TARDE EN UNA SECCIÓN DEL CONGRESO PARA SOLICITAR DE LOS PODERES PÚBLICOS EL ESTABLECIMIENTO DE LAS CONCLUSIONES ACORDADAS EN LA ASAMBLEA CELEBRADA EN ALCÁZAR DE SAN JUAN EL DÍA 5 DE DICIEMBRE ÚLTIMO.

(Fot. Alfonso.)

EN EL ATENEO

Exposición de pinturas y fotografías conquenses

La ciudad y el paisaje de Cuenca, típicos entre lo más típico de España, resultan desconocidos para muchísimos españoles.

Para dar a conocer algunas de las innumerables bellezas, tanto naturales como artísticas, que en Cuenca existen, se ha organizado en el Ateneo de Madrid una Exposición, muy interesante, de pinturas y fotografías de asunto conquense. De las primeras figuran nueve admirables paisajes del grande e indiscutible maestro en ese género D. Aureliano de Beruete; dos, del joven pintor D. Virgilio Vera, y varios más, de los Sres. Serra, Buendía, Francés y Agramunt. En cuanto a las fotografías, pasan de doscientas, siendo las más notables las ejecutadas por los señores conde de la Ventosa, conde de Manila, Wunderlich, Rovenga, Del Campo, Alvarez Ródenas, Salvador y Carreras (F.), Martínez Stroug, Hernández Pacheco, Fernández Navarro y otros.

La Comisión organizadora, compuesta de los Sres. D. Angel del Campo, doctor López Fontana, conde de la Ventosa, Ilopes y nuestro compañero Vegue y Galdón, recibió ayer en el acto de la inauguración al ministro de Instrucción pública, D. Tomás Montejó, a quien acompañaban el ex ministro D. Rafael Andrade y los individuos de la Junta de gobierno del Ateneo Sres. Dubois y Conrato.

Numerosa y distinguida concurrencia visitó anoche la Exposición.



UN ASPECTO DE LA EXPOSICIÓN DE CUADROS Y FOTOGRAFÍAS SOBRE TIPOS Y PAISAJES DE CUENCA, INAUGURADA AYER.

(Fot. Alfonso.)

REFORMA NECESARIA

LA MUJER EN LA ENSEÑANZA PRIMARIA

El reclutamiento y selección del personal docente encuentra en todas partes dificultades crecientes, especialmente en las Normales de maestros, cuyo alumnado disminuye gradualmente a medida que aumentan para el hombre las posibilidades de obtener situaciones más remuneradas. Los oficios y ocupaciones manuales de cierta categoría, las carreras modestas, el comercio, la administración, los secretariados, etc., constituyen hoy otros tantos competidores de las Escuelas Normales y una dificultad grande para la sana concurrencia de alumnos, que permita a esos Centros realizar una elección cuidada.

Esto que ocurre aquí y fuera de aquí, y supone en ocasiones un obstáculo para acometer ampliamente la reforma de las Normales, va soslayándose prácticamente con la entrega de las escuelas de niños a personal femenino, cuando el número de maestros no basta para cubrir las vacantes.

Aunque nuestra situación parezca otra, si atendemos a la masa de interinos y de aspirantes que todavía reclaman un lugar en el escalafón del Magisterio, es lo cierto que muchas Escuelas Normales de maestros ofrecen el espectáculo de sus aulas vacías y de sus claustros excesivos para la escasa matrícula oficial. El profesorado, deseoso de trabajar, se desalienta en esta obligada y silenciosa inactividad, y los demás profesores, aquellos señores que rehuyen las preocupaciones cotidianas, están a punto de alarmarse ante un estado de cosas que no puede, que no debe continuar más tiempo.

Recuérdese la vida lánguida de la mayoría de nuestras Escuelas Normales durante los años finales del siglo anterior. El pago de las atenciones de primera enseñanza por el Estado y la mejora económica del personal imprimieron nueva vida a aquellos Centros mortecinos y permitieron en los últimos años el aumento, ciertamente poco meditado, del número de Normales, la creación de nuevas plazas y el desdoblamiento de algunas enseñanzas, todo ello preferentemente, para dar salida a los alumnos de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio.

Los cambios económicos y sociales ahora operados vuelven a influir desfavorablemente en la marcha de las Normales, cuya clientela masculina, gente modesta, se orienta hacia las nuevas salidas que brindan fácil y holgado porvenir.

No creemos se encuentre el remedio en las prerrogativas que busca una parte del profesorado primario al pedir, en sus asambleas, un régimen de favor para los hijos de maestro que toman la dirección de la enseñanza. Aunque disfruten de análoga consideración algunos Cuerpos del Estado—Telégrafos, militares, Correos—, no quisiéramos ver al Magisterio primario en posesión de tales excepciones. «Por un sentimiento natural—dice A. Coste en *L'expérience des peuples*—que aún subsiste en nuestras modernas sociedades, el funcionario encargado de un servicio público parece tener más derechos y ventajas en él, y aun en los demás servicios públicos en general, que los contribuyentes que los pagan.» Y añade más adelante: «De donde resulta que el sistema de privilegios y de inmunidades conducentes a la constitución de clases sociales superpuestas es cosa natural a todo régimen fundado sobre la supremacía del Estado.» Ignoramos si la nueva ideología y las nuevas vibracio-

nes del mundo permitirán la continuación de tales privilegios y aun de estas clases estancadas y superpuestas; lo que sí sabemos, concretándonos a nuestro tema, es que sería lamentable para la escuela y para la educación pública la constitución de una «clase docente» cerrada y contenta con sus prerrogativas y facilidades. Si en otro tiempo se nacía «curial» y nadie podía serlo de otro modo, imaginemos el daño que la enseñanza y el mismo Magisterio recogerían al prosperar las ingenuas aspiraciones a que atrás nos referíamos.

La solución del aumento de los sueldos reducirá, evidentemente, los inconvenientes que pretendemos señalar; mas no olvidemos que en otros países, generosos y prósperos, no ha bastado este recurso para impulsar suficientemente la matrícula en las Escuelas Normales de maestros.

Habríamos, pues, de recorrer necesariamente el mismo camino de otras naciones, ofreciendo a la mujer, con toda amplitud, una situación fácil y suficientemente retribuida en la enseñanza primaria, confiándole gradualmente las escuelas de niños, sin plantearse con ello problemas que muchas veces no existen sino en la imaginación enfermiza de gentes apocadas e injustas.

Esta colaboración de maestros y maestras, que se daría con frecuencia en los mismos grupos escolares, pudiera muy bien, además, preparar y facilitar la organización de clases mixtas, de niños y niñas, que en el campo no presenta hoy dificultad alguna, grave, ni debiera traerla en la ciudad, dentro de un régimen pedagógico bien entendido.

En todo caso, y para evitar con tiempo la dificultad, que ya apunta, de reclutar personal masculino o que éste sea, en definitiva, de calidad inferior, por la falta de una sana competencia, creemos conviene orientar nuestra legislación en el sentido de facilitar a la mujer el acceso a las escuelas de niños, con las necesarias garantías que aseguren al ensayo un resultado favorable.

Luis SANTULLANO

DESDE ALEMANIA

Trabajo y descanso

La primera temporada de trabajo en el curso invernal ha concluido. Las Escuelas y Universidades han cerrado, poco a poco, sus aulas y laboratorios. Durante quince días, el estudiante se ha visto libre de las tareas que habitualmente absorben su tiempo, y puede proyectar a su gusto el que le ha sido concedido para descanso.

Confieso que siempre he sentido más curiosidad por la distribución que hace un escolar de sus vacaciones que por el plan mismo de los estudios que sigue. En éste, cuando no la deliberada orientación paterna, influyen, por lo menos, mil circunstancias de momento, raras veces conciliables con la verdadera espontaneidad. La vacación, por el contrario, constituye un período de tiempo que se presenta en blanco al estudiante, como paréntesis compensador del ordinario sacrificio que hace éste de su personalidad en aras de la reglamentación académica.

Indudablemente, el empleo de las vacaciones no nos informa, en muchos casos, definitivamente acerca de las aptitudes profundas del muchacho, condicionadas, en realidad, por una multitud de otras condiciones y sujetas a misteriosa evolución, por lo que sería muy aventurado si, fundados en este dato, pretendiéramos adivinar la orientación de la personalidad futura. Pero, por lo menos, estos pequeños ensayos del individuo en la

propia administración de su capital más seguro y precioso: el tiempo, nos presentan, en todo caso, la modalidad de reacción de un espíritu bajo la influencia de una preocupación, y nos informan por ella del medio social y educativo que la ha provocado. Efectivamente; toda vacación es, a la vez, el reverso y la consecuencia de un tiempo de estudios, y lo que en aquella parece solamente debido a la iniciativa libre del muchacho, no es sino muy complejo resultado, cuyas condiciones determinantes, en gran parte, es preciso buscar en el aula durante el anterior período de trabajo escolar. En este sentido son sumamente instructivas para el educador, por su deliciosa espontaneidad crítica, las gráficas expresiones con que la juventud suele caracterizar, de un solo rasgo, el empleo que hace de las vacaciones. En España, por regla general, el estudiante utiliza este paréntesis para *divertirse*—verbo que supone, por antitesia, un habitual tedio escolar—, mientras que el alumno, más o menos excepcional, que percibe ya en sí el espoleo de una inquietud espiritual sustantiva, lee sus predilecciones literarias, distinguiendo cuidadosamente las acciones de *leer* y de *estudiar* como algo absolutamente diferente, casi antagónico, para la personalidad del lector. Y no mencionemos, por sobrado sabida, la metáfora, clásica hoy en el «argot» estudiantil, con que el muchacho que tiene la desgracia de verse obligado a utilizar las

vacaciones como preparación de algún examen, reconoce su modesto papel de ciega incubadora o termostato, merced al cual los frágiles conceptos del libro de texto se conservan, sin deterioro notable, desde el difícil momento de su ingestión hasta el doloroso de su trasiego en el examen.

El estudiante bávaro guarda, con unanimidad, para estas ocasiones una solución tan constante, que más que una costumbre parece un precepto. Apenas transcurridos los días consagrados que celebra toda la familia, reunida en torno del «Christliches baum», adornado con juguetes y guirnaldas, en fiesta evocadora y familiar, el estudiante abandona, alegremente, la ciudad para recorrer con sus «skis», durante una quincena, las próximas vertientes montañosas, a la sazón cubiertas de alta capa de nieve, convirtiéndose en inquieto viajero que pernoca en las aldeas, bate distancias y escala alturas para gozar desde ellas escogidos panoramas.

Es la compensación, gracias a la cual podrá reintegrarse más tarde con nuevo entusiasmo bajo el árbol de la ciencia, después de haber experimentado intensamente, con el violento ejercicio en el rudo clima alpino, el placer físico de vivir.

S. DUÑAITURRIA
Profesor de Escuela Normal

Munich, enero de 1921.

DE SEGUNDA ENSEÑANZA

LOS EXÁMENES DE LOS ALUMNOS LIBRES

Quiero partir de una afirmación categórica, cuya verdad voy a demostrar antes de proponer otros remedios diversos de los que indiqué anteriormente al gravísimo mal de la enseñanza libre. Mi afirmación es la siguiente: Los exámenes de los alumnos libres pueden hacerse bien, o medianamente, por lo menos, en los Institutos de pequeña matrícula, y han de efectuarse necesariamente mal en los de una matrícula muy crecida.

Quiero dejar bien en claro, antes de pasar adelante, que no digo que se efectúen realmente los exámenes del modo que debieran en los llamados «anulos Institutos», sino esto otro: que los profesores tienen generalmente tiempo para hacerlo. Una inspección cuidadosa y capaz es la única que podría decirnos si en realidad aprovechan los catedráticos el tiempo de que disponen en enterarse de si esos estudiantes desconocidos tienen la cultura necesaria para ostentar decorosamente los certificados académicos que van a concederles, o si los exámenes se hacen con la mayor rapidez posible para descansar cuanto antes de faena tan enojosa. La Inspección nos diría, seguramente, que hay Institutos en los cuales algunos profesores cumplen con celo su tarea; que hay otros en los cuales la benevolencia llega a extremos que no debieran tolerarse, y los hay también cuyo rigor y exigencias ahuyentan a los estudiantes.

En la anarquía en que nos encontramos por la falta de un espíritu colectivo, de una tradición reconocida por todos y de una inspección prestigiosa y autorizada, pueden encontrarse los ejemplos más severos y ejemplares junto a los más pintorescos y desmoralizadores.

Pero cuando se llega a los grandes Institutos, todo ha de cambiar forzosamente. El mismo profesor que efectuaba antes concienzudamente los exámenes, dedicando a cada alumno quince o veinte minutos, y a las veces media hora, en su Instituto de treinta, cuarenta o cincuenta exámenes, no podrá emplear, escasamente, cinco cuando haya de realizar más de tres mil. Y gracias que puedan dedicar los cinco minutos a cada examen, porque para ello tendrá necesidad de estar entregado a la labor más agotadora durante ocho horas cada día y sin perder uno solo de todos los del mes de junio!

En esta organización monstruosa, que permite que el profesor de Toledo o de Tarragona pueda acabar su tarea de los exámenes con ocho o diez días de trabajo moderado, mientras que sus compañeros de Madrid o de Barcelona han de estar los treinta del mes de junio agobiados por una tarea verdaderamente inaguantable, no se sabe qué lamentar más, si esa desastrosa función de los exámenes, capaz de matar en el estudiante todo su amor por el estudio y toda su confianza en la justicia de los Tribu-

nales, o la amargura y el desaliento que deben experimentar esos profesores al verse obligados, contra toda justicia, a realizar un esfuerzo superior a las más poderosas energías, sabiendo que, en vez de un servicio digno de premio, están haciendo a la enseñanza uno de los daños más graves e irremediables.

Y todavía hay gentes que aseguran, aunque nada deba estar más lejos de la verdad, que se efectúan exámenes de uno o de dos minutos, en los que el resultado depende del acierto en las respuestas a dos, tres o, cuando más, cuatro preguntas; que a veces tienen lugar en rueda, en los que entran la casualidad y la fortuna como elementos decisivos en la calificación; que hay impaciencias y, en ocasiones, violencias del lenguaje para el que se examina y hasta para los profesores que lo han preparado; notas injustificadas, saliendo aprobado el que no sabe absolutamente nada, y suspenso el que va sólidamente preparado... ¡y tantas, tantas cosas más!

Preciso es que se acabe la tortura y el calvario de esos compañeros a quienes la inspiración estoica del deber, o algún otro sentimiento muy poderoso, ha sellado los labios para la más airada y justificada de las protestas. Porque, aunque ellos estén personalmente dispuestos al sacrificio, están por medio los intereses de la enseñanza y el prestigio profesional, que ni ellos ni nosotros debemos tolerar que se sacrifiquen.

Tratemos de exigir que se ponga remedio a este gravísimo mal con la mayor urgencia, y si no se quiere proponer a la superioridad el nombramiento de una Comisión de catedráticos que no tenga otra ocupación en todo el curso que la de examinar a los alumnos colegiados y libres, obliguese a los claustros de los Institutos cercanos a los de matrícula muy numerosa a participar del trabajo abrumador del mes de junio.

De este modo, aunque las clases de los alumnos oficiales duraran hasta el día 10, pudieran efectuarse con más reposo, y en su consecuencia, con más acierto y justicia, los exámenes de los alumnos libres en la otra quincena. Así, por ejemplo, podrían acudir al Instituto de Barcelona los profesores de los de Tarragona, Gerona, Reus, Lérida y Figueras, que en sólo quince días de trabajo descargarían de su enorme labor a sus compañeros; y a los de Madrid, para no citar más que los de mayor matrícula de toda la nación, podrían venir los profesores de Guadalajara, Ciudad Real, Toledo, Avila, Segovia, Soria y, si fueran precisos, los de Cuenca y Salamanca. No de otro modo pueden efectuarse con las debidas garantías para los alumnos los quince o veinte mil exámenes que se efectúan cada año en el Instituto de Barcelona y los cincuenta mil que, aproxi-

madamente, se realizan en los de la capital de España.

Es claro que la multiplicidad de Comisiones examinadoras plantea, por lo menos, estas cuestiones importantes: cómo pagar los gastos de viaje y las dietas de los profesores, y con qué programa habrán de examinarse los alumnos. Quiero también proponer una solución a estos problemas, aunque seguramente se les ocurrirán otras más prácticas y acertadas a los claustros interesados.

En mi opinión, bastaría con que se exigiera al examinando una sola peseta por cada asignatura, si es que el Ministerio se negara a incluir en el presupuesto esos gastos, para que quedaran sobradamente atendidos. Y creo que nada pagarían con más gusto que ese tributo, que habría de librarlos del verdadero martirio a que se les somete, teniendo semanas enteras pendientes del examen, y en algunas ocasiones hasta las once de la noche esperando su calificación.

En cuanto al segundo problema, quedaría perfectamente resuelto con la imposición del programa único y la limitación de textos, de que se ha hablado en otras ocasiones; pero si no se quisiera llegar a solución tan radical (en mi sentir la única que corregiría de una vez y para siempre todos estos males), podría bastar con que la matrícula de los alumnos libres se hiciera también en el mes de septiembre y se les designara por su número el Instituto por el cual debían ser examinados.

Nada impide que un alumno libre pueda examinarse en Toledo, en Girona o en cualquier otro Instituto de España. Sus textos son semejantes a los de Madrid y de Barcelona; sus profesores son de la misma condición y categoría; los títulos que conceden tienen idéntico valor. ¿Por qué, entonces, no pueden hacer en las ciudades más populosas lo mismo que la ley les obliga a hacer en las de menor vecindario? ¿Y qué inconveniente puede haber dentro de la equidad y de la justicia para que ayuden a sus compañeros a levantar una carga que, a todas luces, es inmensamente superior a sus fuerzas? Si es admisible y justificado que doscientos, trescientos o cuatrocientos alumnos de los diez mil que tiene Madrid puedan matricularse en el Instituto de Guadalajara, por ejemplo, ¿qué razones pueden alegarse para que no vengán a Madrid los mismos catráticos de ese Instituto a examinar con la calma debida a ese número de alumnos?

He reforzado la argumentación por el convencimiento que tengo de que sólo los razonamientos que no tienen réplica son los que pueden contrabalancear el peso de la rutina; pero creo que, sea o no admisible la solución que propongo, si acaso no parecen hacénderas las que anteriormente he indicado, todos estaremos ya conformes, y esto es lo verdaderamente esencial, de que es preciso poner remedio, con la mayor rapidez posible, al gravísimo mal de los exámenes de los alumnos libres en los Institutos de una matrícula excesiva.

No es preciso decir que nadie puede creer que con esta mejora quede resuelto, de una vez para siempre, el problema trascendentalísimo de la enseñanza libre y colegiada. Esa es una cuestión que demanda otras soluciones más complicadas y difíciles, que será preciso indicar con más calma.

Martín NAVARRO

Catedrático del Instituto-Escuela

DESDE INGLATERRA

El campo y la ciudad

Como no tienen los ingleses el terrible azote de la emigración; como no se les van a América o a Francia aldeas enteras por falta de pan, y como son gentes que creen que del campo depende en gran parte la salvación de un país, se preocupan seriamente en estos momentos de otro problema que existe también en España, aunque no tengamos tiempo de darle importancia: la falta de interés de la juventud por la agricultura y la vida pueblerina.

Muchachos y muchachas, en cuanto pueden valerse un poco por sí mismos, se vienen a las ciudades a trabajar, abandonando una existencia sana por otra que no lo es tanto, poniendo muchas veces en peligro su moralidad, y, desde luego, la tradición nacional de vida apacible y campestre y el equilibrio económico de la región por falta de brazos

en el campo y sobra de ellos en otras ocupaciones.

Evidentemente, lo que arrastra a las gentes a la ciudad es, más que el trabajo, la diversión. Si una muchacha se pone en Londres a servir en vez de quedarse tranquilamente en su pueblo cuidando de las vacas, o un chico deja la apacible casa de labor por la trastienda oscura, es porque al terminar aquí la diaria tarea pueden irse al teatro, al cine, al baile o a una conferencia, cosas todas ellas allí imposibles.

Esta, al menos, es la reflexión que se han hecho los que han fundado «The Village Club Society», que se propone que en cada aldea haya un sitio donde puedan reunirse las gentes y tener periódicos, libros, un poco de confort...

A mí parecer, la solución es insuficiente. La juventud aspira siempre a ver cosas nuevas, y cuando por medio de estudios y lecturas ha entrevistado otros horizontes, desea, precisamente más que nunca, echar a volar. Tanto o más que la diversión, le atrae la independencia, y ésta no existe en los pueblos, por lo menos en los españoles.

En uno que yo conozco hubo un hombre de gran mérito, que, sacrificando tiempo y dinero, fundó una Caja de ahorros y una excelente escuela, en que él y su señora, entre otros, daban clase todos los días. De sus alumnos, que fueron muchos y algunos muy buenos, no hay allí ya mas que dos o tres, que se han hecho, por una serie de condiciones, una vida aparte; los demás están en América, Barcelona o Francia.

Si se hubieran quedado en el pueblo hubiera ganado éste mucho; pero precisamente porque eran los mejores, los más aptos para la lucha, se conformaron menos fácilmente, y se fueron. ¿Hubiera detenido su marcha un Centro local donde reunirse, divertirse y leer un poco?

SUGESTIONES DE UNA ASAMBLEA

UNA POSIBLE TRANSFORMACIÓN RADICAL

Hace unos días, los profesores de las Escuelas Normales celebraban su asamblea. Esta asamblea, dicho sea en honor de la verdad, no ha respondido al tipo que de las reuniones de esta clase tiene formada la gente, precisamente por el recuerdo que conservamos de lo que ha pasado en otras ocasiones. A cada anuncio de asamblea, nosotros evocamos, necesariamente, los solemnes discursos de apertura y de clausura—a cargo siempre de ciertos prestigios más o menos falsos—y unas conclusiones que, en síntesis, significan un nuevo asalto a los presupuestos de la nación.

La asamblea que acaba de celebrarse no ha sido eso. Ni hubo los discursos de ritual ni, lo que es más raro, se habló para nada de reivindicaciones económicas.

Decimos mal. Hubo una proposición de carácter económico. Pero esa mejora económica no se solicitó para los profesores de Normal, sino para los maestros de primera enseñanza, para quienes se pide una consideración económica igual, por lo menos, a la que disfrutaban los demás funcionarios del Estado.

Aparte esta petición y otra de carácter puramente ideal—la que pide una preparación semejante para todo aquel que se dedique a la enseñanza, desde el maestro de escuela al catedrático de Universidad, sin más diferencia que la natural especialización y que, como consecuencia de su preparación semejante tengan, claro está, semejante retribución—; aparte estas dos conclusiones, que, como se ve, ninguna de ellas es exclusivista con relación al profesorado Normal, toda la asamblea estuvo dedicada a procurar los medios más adecuados para mejorar la enseñanza primaria.

Ahora que ya han transcurrido unos cuantos días y que han cesado las nerviosidades propias del momento, y que apenas si quedan los ecos de las discusiones, a veces apasionadas, noblemente apasionadas, ahora es más fácil reflexionar acerca de lo que se discutió y fué aprobado.

Todas las conclusiones aprobadas están informadas por un mismo carácter. Toda la asamblea se produjo en función de un mismo deseo: el de que se perfeccionen los organismos que integran la primera enseñanza.

Pero de entre todas las conclusiones, nosotros vamos a separar una, acaso la

Me temo que no; pero quizá en Inglaterra el caso sea distinto.

No se trata, naturalmente, de los famosos Casinos que existen en nuestro país tan abundantemente, en los que no se hace, por lo general, mas que decir vaciedades, jugar, etc. Pero aun suponiendo una Sociedad que a los fines realmente recreativos uniese otros culturales, se presentan muchas objeciones:

¿Se querrán juntar en el mismo local el propietario y el colono, el obrero y el ingeniero, el amo y el criado? (Y la cosa es aún más difícil, quizá, en Inglaterra que en España.)

¿Cómo mantener un nivel, en cierto modo elevado, para el mejoramiento cultural, y conseguir al mismo tiempo que las gentes vayan y se diviertan y estén contentos?

¿Cómo obtener el dinero?

Los miembros del «Village Club Society» no se han desanimado por estos inconvenientes, y en el último «Rapport» leído en la reunión tenida hace pocos días, consignaban importantes cantidades recaudadas por medios muy diversos, que han permitido la creación de varios de los Clubs en cuestión, que, al parecer, despiertan gran entusiasmo. Se dicen que una vez que la gente joven esté contenta, se quedará en el pueblo, y como su cultura es mayor que la de los padres, su trabajo tiene que ser también más fructífero.

Aunque la obra no consiga su objeto, como me temo, y sirva sólo para hacer más agradable y útil la estancia a los que de todas maneras no se hubieran ido, es de gran interés ver que hay quien se preocupe de ello y que existen personas que se desprenden de importantes cantidades con este objeto.

Margarita COMAS

Profesora de Escuela Normal.

Londres, enero de 1921.

bor, y la Inspección no sería sino la Normal ambulante...

La parte administrativa de la Inspección y de la Normal estaría concentrada en la antigua sección, cuyo jefe sería el secretario de la Normal y podría explicar la legislación escolar... si es que no se suprimía esa asignatura en el nuevo plan de estudios.

La presencia en el claustro de los maestros y de los alumnos sería buena garantía de que habían de estar en todo momento representados los intereses todos de los distintos sectores de la enseñanza primaria.

La Normal así constituida y con la reforma proyectada, sería la encargada de colocar definitivamente a los alumnos en las Escuelas públicas o proponerlos para cursar el profesorado en la Superior del Magisterio, acabando de una vez con el desacreditado sistema de oposiciones.

Esta Normal unificada quedaría encargada de suministrar a las Escuelas nacionales todo el material escolar necesario, haciendo incluso que cierto material fuese circulante.

Esta Normal sería la verdadera casa del maestro, adonde volvería cada tres o cuatro años a descansar, durante unos cuantos meses, de la abrumadora labor rural, y asistiría, en cambio, a los cursos de perfeccionamiento que la Normal estableciera, renovando así, periódicamente, los métodos pedagógicos. La Normal unificada, además de velar por la formación pedagógica del maestro, además de simplificar nuestro actual burocratismo, sería en todo momento la defensora decidida de la escuela y del maestro, y es casi seguro que los libraría de las actuales intromisiones caciquiles y de cualquier otro orden.

La Normal así organizada haría posible la transformación radical que necesita nuestra enseñanza primaria. Ciertamente que la adaptación a esta realidad llevaría consigo muchos inconvenientes. No se nos ocultan. Tampoco debe aspirarse a que la *Gaceta*, una buena mañana, nos sorprenda obligando a todos estos organismos a unificarse de una sola vez. No.

A lo que debemos aspirar es a que encontremos un ministro comprensivo que, dándose cuenta de estas cosas, ensaye en una provincia, en dos, en las que quiera, esta Normal unificada. Estamos seguros que, ante los resultados del ensayo, poco a poco irían aumentando las Normales unificadas y con ellas se irían produciendo la deseada renovación de la escuela primaria española.

¡Ah, si encontráramos un ministro comprensivo!

Rodrigo LLOPIS

Profesor de Escuela Normal

DE INTERÉS

Comunicaciones y noticias

Las escuelas españolas de Burdeos y Toulouse.

Publicadas en 3 de septiembre y 10 de diciembre últimos las Reales órdenes de nombramiento del personal y de organización del servicio, resulta extraño que no se hallen funcionando ya estas escuelas, tan solicitadas por las colonias españolas de Burdeos y Toulouse.

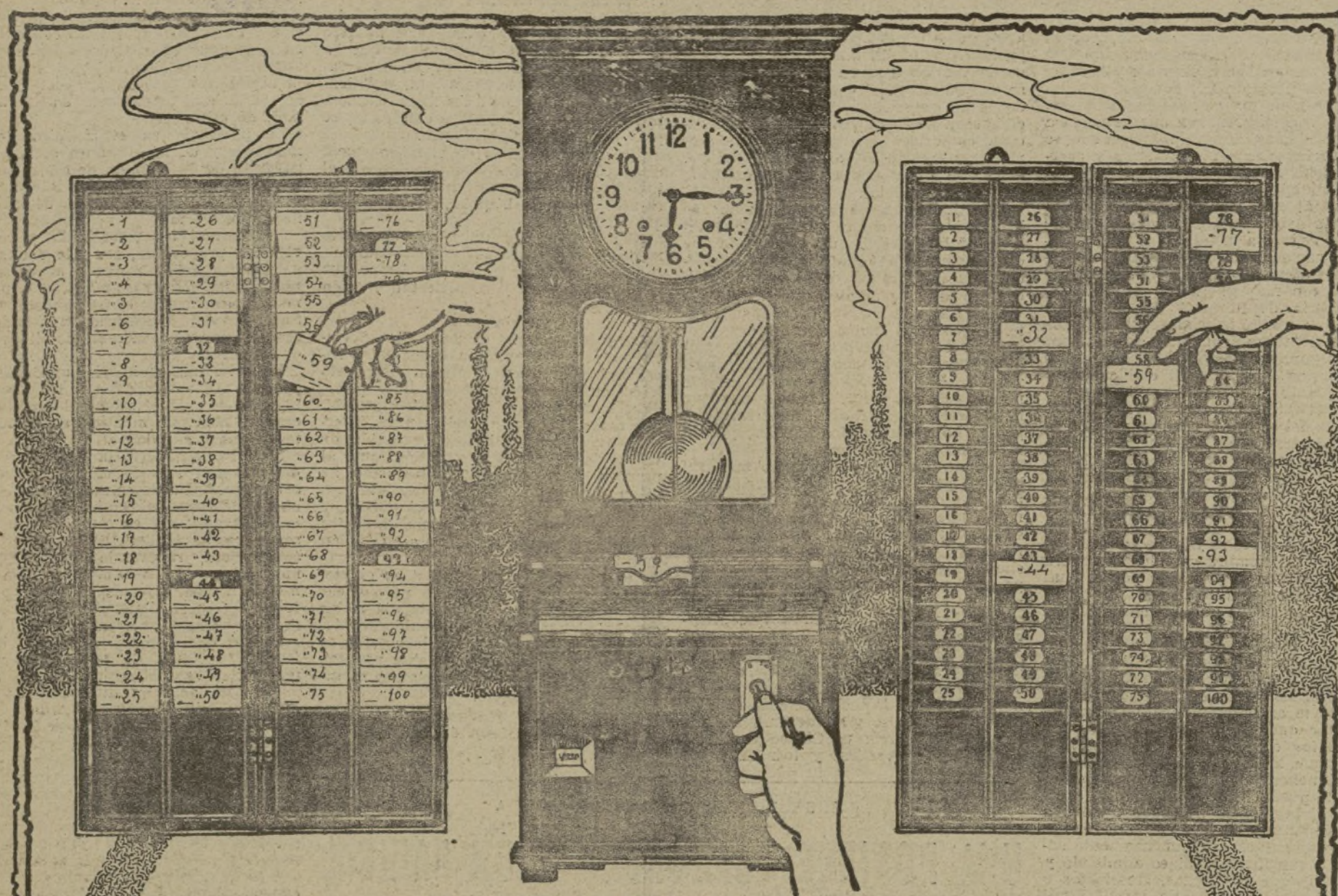
Nos hemos ocupado ya de este asunto con la atención que merece. Hemos aludido a la responsabilidad que el Ministerio de Instrucción pública y el Gobierno español han contraído al crear estas escuelas. Tememos que hecho lo más—la elección cuidada de los maestros—no se atiende debidamente a lo menos, esto es, a darles los medios y la tutela necesarios para que desarrollen un trabajo eficiente y serio, que habrá de sufrir el contraste de las escuelas francesas.

Esparamos que al señor ministro de Instrucción pública, profesional de la enseñanza, no se le ocultará lo delicado del asunto y su grave importancia.

Escuela que no funciona.

Nos ruegan llamemos la atención de las autoridades acerca del abandono que supone el hecho de permanecer cerrada hace un par de años la escuela de niñas de Villanueva de Lorenzana (Lugo), por falta de local adecuado.

No tenemos datos suficientes para señalar responsabilidades, y así, nos limitamos, por ahora, a interesar al Municipio de Villanueva y a la Inspección provincial, a fin de que se remedie el grave daño que se causa a la enseñanza.



CONTROL

Reloj registrador para obreros y empleados, sistema Coppel
De gran utilidad para fábricas, Bancos, oficinas, talleres y almacenes

EL CONTROL, reloj registrador sistema Coppel, se utiliza para el CONTROL de las entradas y salidas del personal, para el registro del cómputo de los jornales y para calcular el tiempo empleado en las horas extraordinarias.

A cada empleado u obrero se designa una tarjeta con su nombre y su número correspondiente, en la que, por una sencilla operación en el CONTROL, reloj registrador sistema Coppel, se marca la hora de la entrada y salida de los individuos, como asimismo el tiempo empleado en las horas extraordinarias.

El CONTROL, reloj registrador sistema Coppel, tiene maquinaria fina y sólida, y su funcionamiento está probado y garantizado. La del reloj es de ocho días cuerda, a péndulo, de marcha exacta. El mecanismo impresor funciona automáticamente, "a dos colores", señalando en las tarjetas las entradas y salidas puntuales en azul, mientras las salidas antes de la hora reglamentaria o los retrasos, las interrupciones en el trabajo, las horas extraordinarias, etc., se marcan en tinta roja; de manera que, a simple vista, se nota el número de obreros que acuden al trabajo y los que faltan, y se aprecia el tiempo exacto invertido en los trabajos y el exacto conocimiento del costo de ellos.

El reloj registrador sistema Coppel es aplicable a un número ilimitado de obreros. Para éstos significa un CONTROL imparcial y para el patrono representa una gran economía y además una gran tranquilidad; pues evita discusiones y reclamaciones entre obreros y patronos.

Este aparato es, en una palabra, un inspector mecánico, que registra Imparcialmente las horas exactas de las entradas y salidas de los obreros o empleados.

Para más detalles diríjanse a la
FÁBRICA DE RELOJES DE CARLOS COPPEL
MADRID.- Calle de Fuencarral, 27

